

ESTE EXTRAÑO MAÑANA

FRANK BELKNAP LONG

 GALAXIA



¡No es demasiado tarde para detener la cuenta atrás! ¡Todavía podemos salvarnos! Necesitan ahora ellos una absoluta sumisión y podemos obligarles a respetar nuestras demandas si les convencemos de que no la obtendrán. Enviar un cohete al espacio con pasajeros en abierta rebelión sería demasiado peligroso. Nadie corre esa clase de riesgos cuando se es responsable del éxito o del fracaso de un proyecto que cuesta cinco millones de dólares.

ESTE EXTRAÑO MAÑANA

Frank Belknap Long

PRIMERA PARTE

I

«Para hacer justicia al Consejo de Seguridad debe decirse que ni siquiera en los días del Gran Experimento se envió jamás a nadie al espacio para que muriese solo y olvidado».

De Los primeros cien años de la Era Espacial

Faltaban treinta minutos para la hora Cero. Alrededor de George Brandon sonaba el bajo zumbido de la conversación, pero la chica, con el peto de un dorado profundo, parecía estar tratando a la desesperada de detener el flujo del tiempo, simplemente no pensando en nada.

Brandon conocía por experiencia que los pensamientos que daban paso a las fuertes emociones podían permanecer encarcelados en lo más hondo de la mente. Si uno lo probaba con ahínco, resultaba que no era más difícil mantenerlos bajo llave que reprimir un sollozo o un grito de dolor.

Pero el esfuerzo raras veces se podía mantener mucho rato y la chica del pelo dorado estaba evidentemente en dificultades. Sus labios habían comenzado a contraerse y la helada quietud de sus ojos empezaba a cambiar dando paso al brillo del miedo.

Ella miraba con fijeza a Brandon y, durante una fracción de segundo, Brandon pensó que la joven iba a ponerse a gritar. Pero se estremeció con mucha violencia y dirigió a su

amigo una mirada de tan desesperada súplica, que el joven quiso extender el brazo y tranquilizarla.

Estamos en esto juntos, ansió decir. Eso ya sabes, debería consolarte... aunque sólo sea para recordar que no te encuentras sola. No importa lo joven que seas; una completa ruptura con el pasado puede hacerte sentir como si estuvieses dejando tras de ti toda tu juventud. No deseas renunciar a los brillantes momentos en que el pasado te parecía tan real como el presente. Pero el futuro puede ser incluso más brillante con sus promesas y tú harás nuevos amigos en la Estación. Eres tan hermosísima...

La chica del pelo dorado asintió. Aunque Brandon estaba seguro de que no era una joven telépata y que fue incapaz de sintonizar sus pensamientos, la respuesta que implicaba aquel gesto le asombró. En apariencia, la simple mirada de simpatía y de profunda comprensión de los ojos de él había transportado el mensaje.

Incluso se asombró más cuando ella gimió, tiró casi violentamente del cinturón que la ceñía y se desplomó hacia adelante, desmayada.

Un momento más tarde estaban desatándola y tomándole el pulso. Nadie habló mientras la levantaban y la sacaban de la cabina de pasajeros.

Todo un minuto pasó antes de que el zumbido de la conversación se reanudase.

—La volverán a traer y volverán a atarla si recobra el conocimiento —dijo alguien—. Me da lástima. Si tiene que hacer el viaje tumbada, sujeta por los atalajes a un camastro, será toda una prueba.

—No importará demasiado —intervino otro pasajero—. No es agradable verse atado a una silla de metal cuando comienza a aumentar la aceleración.

—Tampoco sirve de nada bueno pensar en ello —dijo un tercer pasajero—. Ya se nos ha prevenido. ¿Qué suponéis que le pasó? Parecía como si hubiera visto un fantasma.

—Quizás lo vio. Los fantasmas no es preciso que vengan del pasado. Hay fantasmas que salen del futuro, si admitís mi sincera opinión. Fantasmas crueles y maliciosos, sin una pizca de piedad en ellos. Creo firmemente que el espacio está hechizado; es un terreno fértil en fantasmas. ¿Cómo, si no, se podrían explicar los extraños sonidos que uno escucha en el espacio? Rugidos y gemidos, especialmente de noche. No pocos han muerto misteriosamente en el vacío, sin que padeciesen ninguna enfermedad física.

—Se oyen toda clase de sonidos en el espacio. La fatiga del metal explica la mayoría. Pero eso es lo que dicen y creen los expertos, y yo confío en ellos. Con algo más de conocimiento de cibernética tus dudas quedarían aclaradas en esa materia.

La conversación no sorprendió a Brandon. Todos los pasajeros sufrían una gran tensión hablaban para impedirse a sí mismos sucumbir al pánico, diciendo cosas que en realidad no sentían.

Con un esfuerzo de voluntad se obligó a permanecer tranquilo. Habría sido peligroso dejar que el trágico desmayo de una chica asustada le cegase hasta el hecho de no comprender que el miedo es contagioso. Cuando setenta y dos pasajeros se atestaban en una cabina de paredes metálicas sin la menor seguridad de que podrían volver a ver la Tierra, alguien tenía que dar ejemplo de autodisciplina. De hecho había una necesidad de abundantes buenos ejemplos y Brandon hubiera sido el último en pretender que su conducta constituía uno de estos ejemplos dignos de imitar. El miedo latía en su cabeza golpeándose contra las capas más profundas de su mente, sin duda. Pero hay una racha de tozudez que en él era igualmente profunda y se mostraba decidido a mantener el dominio de sí mismo hasta que terminase la cuenta inversa.

Dentro de otros quince minutos, a partir de ahora, todas las puertas que habían estado abiertas se cerrarían estrepitosamente y habría una resonancia dentro de la gran nave

de pasajeros, una resonancia que nadie podría confundir, aniquilando todas las ilusiones, haciendo que cada cual comprendiese que no podía volverse atrás.

En cierto modo, sería el momento de la verdad. En tal instante un hombre tendría que apretar los labios y permanecer en resuelto silencio. O quizás dijese algo inconsecuente al pasajero contiguo. Pero no dejarla que nadie sospechase que deseaba terriblemente poder echar un vistazo a las montañas y al mar una vez más, y al follaje otoñal convirtiéndose en quebradizo, adquiriendo la coloración del oro.

Podría sentirse desesperanzadoramente atrapado o más libre que lo hubiera sido jamás, con nuevas fronteras abriéndose ante él en las ensenadas interplanetarias. Pero las grandes verdades necesitan que se las mire a la cara y Brandon sabía que no podría haber verdadera libertad para los condenados.

La mayor parte de los viajeros guardaba silencio ahora y estaban esperando con una mudez tensa a que se completase la cuenta inversa y el cohete se alzase de su rampa de lanzamiento montado en una incandescente columna de llamas.

Brandon se alegraba de tener todavía tiempo para mirar a su alrededor y observar de cerca a sus compañeros de viaje. Todos los hombres y mujeres se sentaban muy próximos a él y eran Coordinadores de Investigación Unida, acostumbrados a tomar decisiones que podrían influir en el pensamiento humano allá en su máximo nivel creador. Pero cada uno de ellos había desarrollado una característica psicológica que hacía sospechar de su manera de pensar.

Con toda seguridad el cerebro humano era el mayor de todos los misterios. Brandon miró a Ralph Sanford, sentado cerca suyo, y pensó: *¿Qué es lo que le funciona mal? ¿Qué diminuta partícula de sinrazón ha atascado el mecanismo, convirtiendo a un brillante físico investigador en un excéntrico de genio violento? Ahora está recluido en sí mismo,*

meditando en sus mezquinas frustraciones emocionales, en su amor propio lastimado, en las complejidades de la vida cuando se sobrepasan los cuarenta. Fue la ciega suerte la que le impidió matar a Templeton...

Al cerrar los ojos, Brandon pudo ver mentalmente el laboratorio otra vez y la terrible pelea y los ojos de Sanford echando llamas de furia mientras avanzaba contra Templeton, con un instrumento de medida de acero en la mano, lo bastante pesado para quebrar el cráneo del joven.

No sólo la cara de Sanford, sino todo el laboratorio parecía deformado por la epilepsia. Pero eso no sorprendía demasiado a Brandon, porque sabía por experiencia que la violencia extrema tenía a veces un modo de comunicarse por sí misma a los objetos inanimados en presencia de un desconcertado testigo.

De no volcarse una de las retortas que estaban casi al rojo vivo sobre uno de los mecheros, y lanzar en mitad de la reyerta su líquido inflamado, provocando la estampida general, ambos hombres habrían muerto y la más trivial de las disputas perdurado lo bastante para proyectar una mancha sobre todo cuanto habían conseguido. Hubiera sido todavía más duro para Sanford, porque nada podía igualar al autotortormento y el aislamiento espiritual de un hombre que aguardaba la muerte en la celda de una prisión.

Andrew Templeton sentado algo a la derecha de Sanford, había ganado dos premios Nobel por su trabajo en astrofísica; el segundo en el año 2033. Contemplando su rostro bronceado por el sol, perfectamente compuesto, los ojos ocultos por gafas oscuras, resultaba a Brandon difícil creer que hubiese llegado a una inestabilidad emocional lo suficiente como para convertirle en un ser peligroso.

Helen Arcularis se sentaba muy tiesa y precisamente detrás de Templeton, su rostro carente de todo color. ¡Qué hermosa era!, murmuró Brandon... Si uno tenía idea de un concepto en que la belleza fuese trágicamente menos que perfecta, advertiría reflejada en ella el tormento de una

mente compleja y extraordinaria. Si hubiese sido la figura central de una tragedia griega, perseguida por las Furias, no hubiera podido aparecer más magnificente en su decisión de permanecer siendo una mártir solitaria, sin pedir ayuda a nadie.

Brandon prefería a las mujeres con gesto infantil retador y un don especial para mezclar la realidad con la ilusión de un modo que servía a la vez consolador, de reconfortante y capaz de mantener viva y presente la cordura. Hubiera sido difícil para él verse caminando cogido del brazo con Helen Arcularis por un sendero rural, sobresaltando a los pajarillos con su risa, o cruzándola en brazos un arroyo, procurando pisar apenas las piedras resbaladizas, mientras que por encima tenían un dosel de follaje. Pero, sin embargo..., le resultaba difícil apartar los ojos de una mujer tan notable.

Sanford se volvió y le habló entonces con palabras que nacían en las profundidades de una gran desesperación.

—El primer mes será infernal —dijo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Brandon, apartando los ojos de Helen Arcularis y mirando fijamente al físico—. ¿Cómo puedes estar seguro? Únicamente el espacio, la vastedad y la inquietud y la grandiosidad barrida por las constelaciones pueden hacernos sentir como debiéramos si nos hallásemos en una casa nueva y más espaciosa y abriéramos todas las ventanas de par en par para dejar que entrase la luz del sol. La Tierra y todos sus tormentos quizás disminuyan hasta ser insignificantes cuando lo veamos todo desde tan lejos, contemplando su globo azul verdoso y girando sobre su eje a cuarenta millones de kilómetros de la Estación.

Sanford extendió las manos, en un gesto que era sorprendentemente conciliador para un hombre de genio tan violento.

—Puede que tengas razón —dijo— pero no opino del mismo modo y menos cuando el Consejo Recomendador anunció con claridad que la lejanía de la Tierra y una lucha

peligrosa por la supervivencia en un mundo nuevo podrían ayudarme, pero que haría mal en pensar que la cosa resultaría fácil. Es muy terrible cuando uno estudia por primera vez sus cintas psíquicas. No se quiere creer lo que ellas te dicen sobre ti mismo, pero al fin y al cabo no te queda más remedio. Templeton estaba en estado de conmoción y tenía que ser expulsado de la Cámara de Computadores Cibernéticos.

—Nos hablaron con la máxima franqueza de que el experimento podría fracasar —dijo Brandon—. Y se nos dio a elegir. Someternos a la terapia psicológica en el espacio o dimitir nuestros cargos en investigación Unida.

—Una elección así —repuso Sanford—, es igual que si a uno le pidieran que escogiera entre vivir o morir. ¿Te agrada pasar el resto de tu vida despojado de toda autoridad, siendo un rostro anónimo en la multitud?

—No hay rostros anónimos ni siquiera en las multitudes —contestó Brandon—. Hay doscientos mil millones de hombres y mujeres en la Tierra que saben que existe poquísimos calor y simpatía humana en las alturas. Dudo que haya muchos que nos envidien.

—Pero tú querías permanecer en las alturas —continuó Sanford—, o de otro modo no estarías aquí. No puedes negarlo...

Antes de que pudiese responder, una voz áspera sonó desde los altavoces del extremo opuesto de la cabina de pasajeros.

—Dentro de diez minutos nos encontraremos en el espacio. Ya no habrá retraso en la cuenta inversa. Recordad... contaréis con la máxima protección durante cada etapa del viaje, incluyendo la atención médica posibles si caéis enfermos y requerís hospitalización temporal. Durante la primera media hora será prudente evitar todo esfuerzo innecesario. Esto es todo.

Brandon volvía a mirar a Helen Arcularis. Los labios de ella estaban muy apretados y un ligero rubor reemplazó su

palidez. Se echaba hacia adelante en su asiento, como si les molestase el cinturón que la circundaba el talle y considerase ultrajante aquella precaución particular.

Se oyó una tos nerviosa y, a pocos palmos de Templeton, una mujer mayor, con pelo blanco de nieve y ojos cansados, continuó mirando al altavoz con expresión de cansina resignación. Solo el tamborilear de sus dedos en el brazo del sillón traicionaba su ansiedad interna. La chica que se sentaba a su lado, quizás su hija, era guapa, con luminosos ojos oscuros y una esbelta figura casi milagrosamente perfecta.

Durante un momento Brandon apenas se dio cuenta de que Sanford volvía a hablarle.

—Sería irrealista negar que la Estación es un experimento de reorientación psicológica a una escala que habría parecido, hace treinta o cuarenta años, remotamente utópica. Hemos realizado tremendos progresos en el campo de la construcción durante los últimos quince años. Pero debes recordar que no utilizamos salvaguardias termonucleares a nivel clínico. Se puede aislar a una pila atómica contra la filtración de radiaciones peligrosas. Pero cuando uno se enfrenta con la mente humana, ningún aislamiento te puede proteger si el material llega al punto crítico antes de que puedas dar los pasos necesarios para impedir el estallido.

¿Cuánto, precisamente, se encontró preguntándose Brandon, importaban las tendencias alarmistas de un hombre, si este era inestable emocionalmente, en el desarrollo de una debilidad en sí mismo que se mostraba incapaz de controlar? Si la más ligera frustración emocional podía provocar en él un arranque de rabia, el peligro de estallido le parecería terriblemente real y con mucha probabilidad daría como resultado la destrucción de la Estación. El estallido que Sanford tenía en mente sólo podía ocurrir si la comezón de la personalidad que le afectaba resultaba multiplicada un centenar de veces. Pero, claro, aquel individuo era incapaz de comprenderlo.

Parecía como si Sanford estuviera diciendo: *No sabes lo que significa querer algo que debes tener y que se te diga que eres simplemente avaro o egoísta y que no tienes ni siquiera el derecho de pedir lo que deseas.*

Era, claro una regresión psicológica; el niño irritable, el niño salvaje, dando patadas al suelo con furia cuando se le negaba un nuevo juguete y escondiéndose en un armario oscuro para castigar a aquellos padres tan crueles que no querían comprenderle. Pero Brandon sabía que recordar a Sanford estos defectos infantiles de su carácter sería algo contraproducente. Sanford sabía exactamente por qué era uno de los condenados.

Resultaba igual con todos ellos, se dijo Brandon. Cuando se les contó la verdad sobre sí mismos fue como si hubiesen tomado el escalpelo de un cirujano y cortado las fibras más profundas de sus cerebros en un tajo sangrante y doloroso. Sabían dónde estaba la distorsión, pero les faltaba la habilidad y el conocimiento especializado para operarse a sí mismos con éxito.

¡Médico, cúrate a ti mismo! Antes de que esperes salvar a los demás, debes tener un cerebro sano o, al final, deberás estar seguro de que la enfermedad que tratas de curar no tiene paralelo dentro de ti mismo. Eso era el meollo de su dificultad, incluso aun cuando no eran médicos en el sentido estricto de la palabra.

Brandon cerró los ojos y los años parecieron retroceder y volvió a ser un niño, su cerebro atiborrado por los tumultuosos pensamientos de la juventud.

La vida siempre le pareció misteriosa más allá de toda creencia; el destino humano un enigma dentro de otro enigma. Siempre fue un inquisidor, y un preguntón, experimentando sorpresa y turbación en presencia de cosas que la mayor parte de la gente parecía dar por sentadas. Pero durante el pasado año, esto empeoró... Lo bastante para mostrarse en las cintas psíquicas como una distorsión emocional peligrosa.

Había hablado con otras personas que sentían igual que él, que parecían como arrojados en arenas movedizas en mitad de un desierto salvaje cuando contemplaban la inmensidad del universo y la pequeña del Hombre. Pero estos no eran coordinadores de Investigación Unida.

A pesar de lo que Sanford había dicho, Brandon agachó la cabeza accediendo a lo que el Consejo de Seguridad esperaba de él, un sólo motivo: Necesitaba con desesperación una comprensión más clara de sí mismo, una respuesta a la más asombrosa de todas las preguntas: Cuán importante era la individualidad humana y por qué algunos hombres la valuaban a tan alto precio cuando el significado de la vida en sí se les escapaba. Quizás, en el espacio, encontraría la respuesta.

Hay preguntas tan trascendentes que la mente humana no puede digerirlas sin verse envuelta en una especie de cápsula protectora que mella los bordes cortantes de la realidad. Pero era curioso ver cuán a menudo, si esto ocurría, una parte pequeña del cerebro de Brandon permanecía tan anormalmente alerta que era capaz de oír caer un alfiler.

Percibió como Helen Arcularis expelía su aliento vivamente un instante antes de que gritase con súbita y airada protesta, haciéndole abrir los ojos desmesuradamente y mirarla alarmado. Se vio sobrecogido por el cambio en la mujer. Estaba tensa y temblorosa y parecía tan atormentada como lo estuviera la chica del pelo dorado un momento antes de desplomarse desmayada. Pero había una diferencia. En los ojos fijos de Helen Arcularis se veía el desafío y una falta absoluta de histeria. Habló con vehemencia tal, que su voz pareció amplificadas, como si los altavoces hubiesen recobrado de nuevo la vida.

—¡No es demasiado tarde para detener la cuenta inversa! ¡Todavía podemos salvarnos! Necesitan ahora ellos una absoluta sumisión y podemos obligarles a respetar nuestras demandas si los convencemos de que no la obtendrán. En-

viar un cohete al espacio con pasajeros en abierta rebelión sería demasiado peligroso. Nadie corre esa clase de riesgos cuando se es responsable del éxito o del fracaso de un proyecto que cuesta cinco millones de dólares.